

En la coronación de Helena I, Reina de los Estudiantes de Bogotá

=Palabras de GUILLERMO VALENCIA,
dichas en el Teatro Faenza, de Bo-
gotá, la noche del 21 de setiembre
pasado=

Señoras, señores:

En el reino de los estudiantes, como en el país de las hadas, fluyen los sucesos prodigiosamente, en una atmósfera diáfana, sonrosada y pura. Aquel áureo cerco, que simboliza la realeza, pasa allá, entre armonía, desde unas sienas unguadas a otra frente radiosa, sin más normas rituales que una franca, dulce y leve sonrisa de las dos soberanas: idioma inefable que compendia la florecida idealidad de un reinado que concluye dejando mullida la senda, de corazones y laureles, y de otro que despunta entre frescura matinal y róseos celajes de esperanza. No así en nuestro mundo real, en que la diadema es concreción de dolores humanos, cuando no símbolo de violencia feliz, que en sus miríficos florones, ha reflejado tantas veces el nácar de la perla y el de la podredumbre, sin que hayan conseguido neutralizar del todo aquel hondo sentido maléfico, ni la virtud subyugadora de las Galas Placidias, Teodoras, ni la piedad domesticante de las Blancas de Castilla, ni la generosidad creadora de quien recogiera un día los trofeos de la reconquista en la sede occidental de los Kalifas, y sintiera palpitar entre sus manos todo el peso de un mundo nacido al doble influjo de su feminismo y de su raza; ni la gracia que sonrió entre encajes, en Margarita de Valois; ni las liliales manos de la reina de Hungría, en contacto con irrecordables dolores, pues se ofrecerá siempre delante de nuestros ojos espantados el disco rutilante y trágico que evoca fatalmente aquel plato que, en la fortaleza de Makerus, portó en día ya muy lejano la felina cabeza del Jaokanan así como en hora más próxima, trajo para la libertad hambrienta, las segadas testas de las víctimas reales.

¡Cuán lejos está de estos horrores y pesarosos recuerdos, el festival que aquí nos congrega! La juventud que sueña, que trabaja, que lucha, que sufre, ha fundido al fuego inextinguible de su entusiasmo renovador, un numen que reproduzca integralmente sus anhelos, que la encarne, que la dirija, que la aliente, que la vivifique y consuele, que le muestre el camino con sus ojos de sideral fosforescencia, que alce en su brazo, unas veces la égida protectora, y otras el gladio ardiente que señala los caminos del triunfo. Así surgiera Palas, del cerebro del padre Jove. ¿Y qué es la juventud, si tornamos los ojos al suelo, sino el alma creadora de este restringido futuro tan cercano a nosotros, que apellidamos patria?

Por eso la reina estudiantil, es al propio tiempo una diosa con arreos de Minerva, concebida por el cerebro juvenil en el instante de su expansión creadora, seguro de que en el día supremo de la lucha ella descenderá desde su alto asiento a confortarle y a pelear por él, bien así como en el poema homérico, Atenea bajó tantas veces a sostener el brazo de Aquiles, eterno símbolo de la juventud generosa, tal como lo esculpiera Zeuxipo, en la descripción de Cristodoro de Coptos: «¡Cómo splende el juvenil Aquiles, guerrero imberbe! No lleva casco. Se diría que su diestra blande espada y su siniestra abraza el escudo: tan noble es su actitud! Todo en él respira amenazas y guerra; brilla el ojo en que se ve fulminar el fuego innato de los belicosos Eácidas». ¡Y qué otra cosa sois vosotros, estudiantes, sino guerreros inflamados por el amor del inaprehensible ideal! Cuán duras de trepar son las agrias cuestas de la sabiduría!; ¡qué enhiesta pirámide, ese vasto polígono cuyas aristas van acercándose a lo largo de

la ascensión dolorosa, para fundirse unificadas en el ápice, que es el trono sereno donde reposa la ciencia y sonríe amablemente a los pugnadores, con ese gesto ambicionado que los hombres apellidamos certidumbre! Porque a medida que la humanidad estudia, va acercándose a la unidad, en prosecución de la fórmula sintética que recoja en un haz todos los rayos de la sabiduría, de la virtud, de la experiencia y del dolor humanos: el rayo único, y el haz que, en matizada gavilla, sean al mismo tiempo la fórmula suprema de la verdad y el bien.

El cuerpo de Prometeo desapareció para siempre, de los picos de Elbruz, en el Cáucaso tormentoso; mas puede verse todavía el sitio en que se fijaban las cadenas que lo sujetaron, y la roca molida por la inquietud del mártir que se robó la eterna llama. Los hombres no han podido todavía franquearse camino visible hasta esa altura, y se empeñan buscándolo, soterrados bajo la abrupta mole; horadándola penosamente para llevar sus galerías hasta el lugar preciso en que agonizó el precursor. Junto al camino subterráneo que labra la justicia humana hacia el equilibrio final, ondula el invisible atajo del arte intuitivo; acércasele la ruta difícil y sinuosa de las ciencias experimentales que desentrañan el secreto de las edades y el misterio profundo de las cosas visibles; paralelamente, adelantan su esfuerzo la metafísica que respira mal en aquel antro; la filosofía que vacila y la teología que se asfixia. La matemática guarda silencio, medita, calcula y prosigue, bajo la inspiración de Novalis que le grita: «la existencia de los dioses es matemática; los números son los dogmas». Muy cerca de aquel sector que adelanta entre sombras, el dolor humano, con toda la fuerza de un torrente que va buscando cauce al través de los obstáculos, desmenuzando rocas y sobrepasando diques, inundando valles, decapitando cimas, dilata su vasta galería, en que van confundidos «los gritos de la madre que da la vida y los ¡ayes! del hijo que la recibe», las angustias del hambre no satisfecha, de la sed sin alivio, de la mariposa ilusión que perdió sus alas al nacer, de la pugna estéril, de las simas sin luz, del río sin puerto, del océano sin barcos, del sacrificio sin compensación, del dolor sin alivio, de las cadenas sin defensa contra el buitre voraz, de la indecible amargura de lo que pudo ser y no consiguió realizarse. Cuando todos estos grupos y falanges humanas hayan profundizado, entre las tinieblas, las penosas rutas hacia el lugar de martirio desde donde Prometeo arrebató la antorcha, llegará un día en que comiencen a oírse ya muy cerca los golpes de las picas que van franqueándose camino hacia el lugar de la promesa, del sacrificio y la liberación, y, cuando al choque final, vuele hecho trizas el levísimo tabique que cedió como un velo para permitir la conjunción y el abrazo de tanto ensueño, de tanta fatiga, de tanta virtud, de tanto amor y de tantos pesares, los múltiples caminos se habrán fundido en un solo que, a la manera de inmenso cráter concentrada toda la actividad interna, dé salida única al inextinguible calor humano, por la cima de un monte de la tierra que no se llamará Elbruz, del Cáucaso, sino Calvo Monte, modestamente erguido en las afueras de una ciudad de Palestina, donde fué plantado por segunda vez el árbol de la vida, y desde donde tendió sus brazos al inacabable [abrazo de los hombres, el Crucificado de Jerusalén!

Cuando pienso que estas soberanas, que esta reina creada por la gracia de vuestros corazones, recoge, concentra y refleja en sí, como el mágico espejo de Paracelso, toda vuestra existencia actual, me conmuevo y medito! Vuestra diaria labor, tesonera y vibrante, busca una finalidad inmediata: vuestra instrucción, vuestro triunfo, vuestra gloria, vuestro tributo al patrio bienestar. Mas ese esfuerzo viene ligado a una dulce añoranza, a un amor íntimo, a un sentimiento geórgico, deli-